

punto de vista muy práctico; todo lo que proporcionaba un placer era bueno, y esto era lo que debía hacerse siempre. Hablaba de un modo que seducía, y yo creo que esta habilidad suya contribuía á hacer más elásticos sus principios, porque según el giro que daba á sus narraciones, la misma acción aparecía bien como un chiste graciosísimo ó bien como la más baja villanía.

## CAPITULO VII

### En el gabinete y en el salón

Declinaba ya la tarde cuando volvimos de la caza. Mamá estaba sentada al piano y los niños fuimos á buscar papel, lápices y colores y nos pusimos á dibujar sobre la mesa redonda. Yo no disponía de otro color que el azul, pero no por eso me arredré y comencé con gran brío á hacer un croquis de nuestra expedición cinagética.

Ya había pintado un niño azul sobre un caballo azul que corría tras unos perros del mismo color, cuando sentí ciertos escrúpulos en lo que se refería á la liebre. ¿Podía dibujarse acaso una liebre azul? Corrí á preguntárselo á papá á su gabinete.

—Papá, ¿hay liebres azules?

Papá leía y me respondió sin levantar la cabeza:

—Las hay, hijo mío, ¡ya lo creo que las hay!

Volví á mi dibujo y pinté una hermosa liebre azul; pero después me pareció conveniente transformarla en ramillete ó en matorral; tampoco el matorral me dejó satisfecho y lo convertí en árbol que se transformó á su vez en haz

de heno, que cambié al fin en una nube tan grande que toda la hoja se volvió una sola mancha azul. Muy aburrido, la rasgué con despecho y me fui á descabezar un sueño en la poltrona.

Mamá estaba tocando el segundo concierto de Field, su profesor, y yo me quedé embargado en dulce somnolencia, absorto en mil recuerdos superficiales, luminosos, transparentes, por decirlo así. Después tocó mamá la «sonata patética» de Beethoven y yo empecé á recordar cosas penosas, melancólicas y tristes.

Mamá tocaba á menudo estas dos composiciones y ¡por esto recuerdo vivamente el efecto que producían en mí. Me parecían recuerdos, ¡pero qué recuerdos! Se diría que á veces recuerda uno cosas que no han existido...

Frente á mí estaba la puerta que daba al gabinete de papá. Acurrucado como estaba divisé a Jacob que entraba seguido de algunos individuos vestidos con el tabardo del campesino ruso, de largas barbas, y la puerta se cerró tras ellos.

—Hé aquí que empiezan ¡los negocios,—pensé. A mis ojos no existían en el universo entero negocios más importantes que los que se ventilaban en aquel gabinete de papá y me convenía cada vez más de esta opinión mía al notar que todos los que se acercaban á la puerta comenzaban á hablar en voz baja y á andar de puntillas.

Desde la sala se oía la voz sonora de papá y el olor de su cigarro que, sin saber por qué, me embriagaba siempre.

De pronto, en medio de mi adormecimiento, sentí un crujir de zapatos que me era muy conocido. Carlos Ivanovitch se dirigía hacia el gabinete de puntillas, con semblante muy torvo y resuelto. Llamó ligeramente, le abrieron y después se cerró la puerta tras él.

—¡Con tal que no suceda alguna cosa!—pensé.—Carlos Ivanovitch está encolerizado y es capaz de todo.

Al fin me quedé dormido.



No sucedió nada. Al cabo de una hora me despertó el mismo crujido de botas; era Carlos Ivanovitch que pasaba, enjugándose las mejillas inundadas en lágrimas con el pañuelo y balbuceando palabras incomprensibles. Papá que había salido tras él entró en el salón.

—¿No sabes lo que he decidido ahora mismo?—dijo muy alegre poniendo una mano en el hombro de mamá.

—¿Qué es ello, querido?

—Me llevo á Carlos Ivanovitch con los niños; en el coche hay puesto para todos. Por otra parte, los niños están ya acostumbrados á su profesor y él parece que les tiene mucho afecto. Setecientos rublos al año no es gran cosa y al fin y al cabo en el fondo me parece un pobre diablo.

No pude comprender como papá se atrevía á injuriar de aquel modo á Carlos Ivanovitch.

—Me alegro mucho por los niños y por él,—dijo mamá.—Es un hombre de bien.

—Si hubieras visto que conmovido estaba cuando le he dicho que le daba 500 rublos como regalo.. Pero lo más chistoso de todo es la nota que me ha entregado; bien vale la pena de que la veas,—añadió con una sonrisa, y dió á mamá una hoja escrita por Carlos Ivanovitch.—¡Es maravillosa!

La nota decía así:

Para los niños: dos anzuelos. . . . .	70 kopeks.
Papel con orla dorada, cola y mimbres para una cestita de regalo. . . . .	6 rublos y 55 »
Un libro y un aro, regalo para los niños. . . . .	8 » y 16 »
Regalado á Kolia. Un pantalón. . . . .	4 »
Reloj de oro prometido en Moscou en el año 18... por Pedro Alejandrovitch. . . . .	140 »
Se adeuda pues á Carlos Mayer, además de su sueldo, la cantidad de.. . . .	159 rublos y 41 kopeks,

Al leer esta nota en que Carlos Ivanovitch reclamaba el importe de los regalos que él había hecho y del que se le había prometido, todos pensarán que Carlos Ivanovitch era un hombre sin corazón y muy interesado y todos se engañan sin duda.

Cuando entró en el gabinete de papá con su nota en la mano, llevaba aprendido de memoria un bello discurso sobre todas las injusticias que se le habían hecho, pero apenas comenzó á hablar con aquella misma voz conmovida y aquella misma entonación llena de sentimiento de que se servía para el dictado su elocuencia, reaccionó violentamente sobre él mismo, de modo que al llegar á un punto en que decía: «Por grande que sea la tristeza que siento al separarme de los niños...» le sobrecogió una conmoción tal, que la voz le faltó y se vió obligado á sacar del bolsillo el pañuelo, su gran pañuelo de hierbas.

—Sí, Pedro Alejandrovitch,—lloriqueó (en el discurso no había una palabra de todo esto),—quiero tanto á los niños que no sé como podré vivir sin ellos. Preferiría servirle á usted de balde,—añadió enjugándose las lágrimas con una mano, y presentando su nota con la mano libre.

Estoy convencido de que Carlos Ivanovitch era sincero al pronunciar estas últimas palabras, porque conocía muy bien su excelente corazón; pero no puedo conciliar la oferta de servir de balde con la nota presentada: esto será siempre para mi un misterio.

—Si le desagrada á usted el dejarnos, á mi también me duele el despedirle,—dijo papá dándole unos golpecitos en el hombro.—He cambiado de opinión.

Un poco antes de la cena, Gricha entró en la sala. Desde el momento en que pusiera los pies en casa había estado suspirando y llorando y para quien lo creía dotado de la facultad de prever lo futuro, era este el indicio de una desgracia que amenazaba á la casa. Saludó á todos diciendo que partiría á la mañana siguiente por la mañana. Yo hice seña á Volodia de que me siguiera y salí.



—¿Qué hay?—me preguntó.

—Si queremos ver las cadenas de Gricha, subamos inmediatamente á las habitaciones de los criados. Gricha duerme en la segunda; podremos escondernos en el rincón y verlo todo.

—¡Buena ideal espérame que voy á buscar las á chicas. Vinieron los tres y corriendo subimos al último piso. Después de haber disputado un poco sobre quien sería el primero en entrar en el cuarto obscuro, nos sentamos en el suelo y esperamos.

## CAPITULO VIII

### Gricha

No nos sentíamos muy seguros en nuestro obscuro escondrijo y nos apretábamos el uno contra el otro sin abrir la boca. Gricha nos siguió casi inmediatamente. Andaba sin hacer ruido, teniendo con una mano el bastón y en la otra un candelabro de cobre.

Nosotros procurábamos contener la respiración.

—¡Señor Jesucristol ¡Santa Virgen! En el nombre del padre, del hijo y del Espíritu Santo. .

Se interrumpió para respirar y después comenzó con diversas entonaciones y abreviaciones, acostumbradas en las personas que repiten á menudo las mismas palabras, sus ordinarias oraciones.

Sin dejar de rezar depositó su bastón en un rincón, exa-

minó la cama y comenzó á desnudarse. Se soltó primero el viejo cinturón negro, se quitó el tabardo, lo plegó con cuidado y lo puso sobre el respaldo de una silla. Su rostro había perdido aquella expresión inquieta é imbécil que le era habitual; antes bien aparecía tranquilo y reflexivo, casi majestuoso. Sus movimientos eran lentos y estudiados.

Apenas desnudo, se sentó muy despacio en la cama, hizo repetidas veces la señal de la cruz y se acomodó la cadena bajo la camisa, no sin cierto esfuerzo que se adivinaba por la expresión de su rostro. Observó con aire triste los agujeros de la camisa y se irguió, continuando sus oraciones. Tomó la bujía y levantándola á la altura de las imágenes de los santos colgadas en la pared, se persignó ante cada una de ellas y después volvió hacia abajo la bujía que chisporroteó y se apagó.

La luna con sus pálidos rayos alumbraba una parte de la larga y blanca figura del Inocente, cuya otra mitad aparecía toda oscura y cuya sombra se diseñaba en el cuadro de luz limitado por el marco de la ventana, el cual se dibujaba en el suelo y subía á lo alto de la pared llegando hasta el techo. En el patio, el guardián tocaba de vez en cuando su timbre de latón.

Gricha callaba. Estaba aún ante las imágenes sagradas, con sus enormes manos cruzadas sobre el pecho, la cabeza inclinada hacia adelante, respirando ruidosamente y con fatiga. Se arrodilló al fin con gran dificultad y siguió rezando.

Recitó al principio á media voz algunas de las oraciones conocidas cargando el acento solamente en algunas palabras; después repitió las mismas oraciones en voz más alta y con mayor animación y por último improvisó plegarias. Trataba de expresarse en slavo, pero se advertía que esto le causaba pena.

Rogó por sus bienhechores que eran todos aquellos que le recibían en su casa y entre otros por mamá y por nosotros; rezó por sí mismo y pidió á Dios que le perdonase



sus grandes pecados repitiendo varias veces: «Dios mío, perdona á mis enemigos».

Se alzó luego gimiendo y se dejó caer cuan largo era sobre el pavimento, pronunciando siempre las mismas palabras y se levantó de nuevo no obstante su pesada cadena, que al chocar contra el suelo producía un sonido seco y metálico.

Volodia, en este momento, me pellizeó en una pierna haciéndome bastante daño pero ni siquiera quise volver la cabeza; me contenté con restregarme la pierna y continué mirando y escuchando á Grisha con un sentimiento de atolondramiento infantil, de piedad y de veneración.

En vez de divertirme y de reír, como había imaginado antes de entrar en el escondrijo, me sentía agitado por estremecimientos de terror.

Gricha permaneció aún mucho tiempo en una especie de éxtasis y continuaba improvisando plegarias. Ora repetía muchas veces seguidas: «Señor, ten piedad de nosotros,» pero cada vez con mayor fuerza y con una entonación diversa; ora decía: «¡Perdóname, Señor, enséñame lo que debo hacer, Señor!»; y se habría dicho por su acento que esperaba recibir la respuesta en seguida; á veces no se le oían más que sollozos desgarradores... Se volvió á poner de rodillas, juntó las manos sobre el pecho y calló.

En silencio y conteniendo la respiración me dirigí á la puerta. Gricha estaba inmóvil; profundos suspiros escapaban de su pecho, y su ojo, cuya pupila iluminaba la luna, estaba lleno de lágrimas,

—¡Sí, que se haga tu voluntad!—exclamó de pronto con expresión imposible de describir y cayó de bruces al suelo sollozando como un niño.

Muchas cosas han ocurrido después en el curso de mi vida; muchos recuerdos han perdido para mí su importancia y se me aparecen ahora como visiones confusas; Gricha, el vagabundo, há tiempo que emprendió su último viaje; pero jamás podrá borrarse la impresión que

aquel hombre produjo en mí, como no podré olvidar nunca las sentimientos que despertó en mi alma.

¡Oh Gricha! ¡oh gran cristiano! Tu fe era tan ardiente que sentías la vecindad de Dios, y tu amor era tan grande, que las palabras brotaban naturalmente de tus labios sin necesidad de que la razón las enlazase...! Y con que magnificencia alababas la grandeza del Omnipotente cuando, no encontrando palabras apropiadas, te arrojabas al suelo llorando!

La emoción con que escuchaba á Gricha, no podía durar largo tiempo: ante todo porque mi curiosidad estaba satisfecha, después porque mis piernas se habían entumecido al permanecer tanto tiempo en la misma postura, y finalmente porque sentía que los que estaban detrás de mí se movían y cuchicheaban y yo estaba deseando imitarles. Uno de mis hermanos, no sé cual, me cogió de la mano y me dijo al oído: ¿De quién es esta mano?... Estaba oscuro como boca de lobo en el escondrijo, pero al tacto y por el sonido de la voz, reconocí á Catalina.

Instintivamente cogí su bracito desnudo hasta el codo y lo besé. Catalina, asombrada seguramente de mi acción, retiró el brazo y tropezó al mismo tiempo en una silla rota que estaba al paso. Gricha levantó la cabeza y miró á su alrededor y se puso á hacer señales de la cruz hacia cada uno de los rincones de la habitación, recitando una oración. Nosotros escapamos precipitadamente.

## CAPÍTULO IX

### Natalia Savishna

Hacia la mitad del siglo pasado, se veía correr por el pueblo de Khavarovka á una jovencita de rústicos vestidos, descalza, pero de aspecto agradable y alegre.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

55058



Era Natashka, hija de Sawa, el tocador de clarinete.

Para recompensar los servicios de Sawa y accediendo á sus ruegos, mi abuelo tomó consigo á Natashka, que llegó á ser una de las camareras de mi abuela. La muchacha se hacía recomendable por su dulzura y su celo y al nacimiento de su madre fué escogida como niñera, dando tales muestras de actividad y de afección hacia su pequeña ama, que se atrajo nuevos elogios y nuevas recompensas.

En aquella época, los cabellos empolvados, los calzones cortos y los zapatos con hebilla del mayordomo Phoca, que era entonces joven y muy atildado en vestir, habían producido cierta impresión sobre el sencillo y afectuoso corazón de Natashka.

Las ocupaciones de ambos les ponían en frecuente contacto y la joven, subyugada, tomó la resolución de pedir á mi abuelo el permiso de casarse con Phoca. Mi abuelo se irritó, la acusó de ingrata y la envió en castigo á un caserío en la estepa para cuidar de las aves del corral. Después de seis meses, viendo la imposibilidad de sustituirla, la llamó, devolviéndole sus antiguas funciones. Había vuelto á casa con su traje de criada de granja y se había presentado á mi padre rogándole de rodillas que le concediese su benevolencia y que le perdonase un momento de locura, que juraba no volvería á repetirse. Cumplió su palabra.

Desde aquel día Natashka se convirtió en Natalia Savishna y se encasquetó la cofia de camarera, depositando en la persona de su amita todos los tesoros de ternura de su corazón amoroso.

Cuando llegó el momento de dar un aya á mi madre, Natalia recibió las llaves de la ropa blanca y de la despensa, y en estas funciones continuó empleando el mismo celo y la misma abnegación. Vivía exclusivamente dedicada á los intereses de sus amos, por todas partes perse-

guía el desorden y el despilfarro y con la mayor actividad inteligente se esforzaba en remediarlo.

Cuando mamá se casó, quiso recompensar á Natalia por sus veinte años de buenos servicios. La llamó, le demostró su afecto en los términos más lisonjeros y le entregó un documento que contenía su acta de liberación de la servidumbre, señalándole una pensión de 300 rublos bien permaneciese en casa, bien saliese de ella.

Natalia lo escuchó todo hasta el fin sin pronunciar una palabra, después tomó el papel, lo guardó con gesto de enojo, masculló entre dientes unas cuantas palabras ininteligibles y se escapó cerrando la puerta con estruendo.

Mi madre no podía explicarse esta conducta y esperó por algún tiempo, pero Natalia no parecía. Fué á buscarla á su habitación y la encontró sentada en un baúl, con los ojos encarnados, y rasgando con furia su pañuelo, mientras que fijaba obstinadamente la vista en los pequeños fragmentos del acta de liberación que había arrojado al suelo.

—¿Qué tienes, mi buena Natalia Savishna?—preguntó mamá cogiéndole una mano.

—Nada, amita. Según parece la tengo muy disgustada, puesto que me echa usted á la calle... Está bien, está bien. Me iré.

Y retiraba la mano con fuerza, tratando de contener las lágrimas y esforzándose en salir. Mi madre se lo impidió, la abrazó y ambas se echaron á llorar.

Entre mis recuerdos más lejanos figuran las pruebas de ternura y las caricias que Natalia Savishna nos prodigaba, pero sólo ahora sé apreciarlas en todo su valor.

Entonces, cuando niño, no tenía la menor idea de lo que valía aquella buena anciana y no sospechaba que fuese una criatura adorable como hay pocas. No sólo no hablaba nunca de sí, sino que ni siquiera pensaba en su persona—y bien se puede afirmar que su vida no fué otra cosa que amor y abnegación.



Estaba tan acostumbrada á su afecto desinteresado hacia nosotros, que nunca imaginé que ello pudiese ser de otro modo y no comprendía porque le había de estar yo agradecido ni se me ocurrió preguntarle nunca si era feliz ó estaba contenta.

A veces, en clase, yo pedía salir, pero era sólo un pretexto para correr á la habitación de Natalia; me sentaba allí y empezaba á fantasear en voz alta sin que su presencia me causara el menor embarazo. Nunca la encontré ociosa, ora hacía calceta, ora registraba y ponía en orden los baúles que llenaban su habitación, ora anotaba la ropa blanca. Yo le contaba que así que fuese general me casaría con una mujer de una belleza maravillosa, que compraría un brioso alazán, que haría construir una casa de cristal y que escribiría á Sajonia para hacer venir á los padres de Carlos Ivoanovitch. Ella escuchaba pacientemente todos estos sueños, animándome de vez en cuando con un—«Sí, amo mío, sí.»

Ordinariamente, cuando me levantarme para irme, Natalia abría un cofre azul á cuya tapa (¡qué bien lo recuerdo!)n estaba pegados un húsar de colores, otra estampa sacada de un tarro de pomada y un dibujo hecho por Volodia. Sacaba de este cofre un pedacito de cinta combustible perfumada, lo quemaba agitándolo al aire.—«Esta cinta, amo mío, proviene de Otcioeov. Cuando su pobre abuelo de usted—Dios tenga su alma en el Cielo—fué á batirse contra los Turcos lo trajo de allá. No me queda más que este trocito. Ya es el último,—añadía con un suspiro.»

En sus numerosos cofres había de todo. Cuando faltaba algo decían: «Pidámoslo á Natalia Savishna». y en efecto, buscaba en sus cofres, encontraba el objeto pedido y lo entregaba diciendo:—«¿No he hecho bien en tenerlo guardado?»—Conservaba así mil objetos de toda clase de que nadie excepto ella se cuidaba y todo lo recogía.

En cierta ocasión disputé con ella y hé aquí en qué oca-

sión. Estábamos almorzando y al echarme un poco de *Krass* derribé el vaso y manché la servilleta.

—Llamad á Natalia Savishna,—dijo mamá;—es preciso que admire á su favorito.

Natalia Savishna vino y al ver mi torpeza meneó la cabeza. Mamá le deslizó no sé qué palabras al oído y salió haciendo un ademán amenazador.

Después de almorzar, me dirigía saltando, muy alegre, hacia la sala, cuando de pronto apazeció tras la puerta Natalia Savishna con la toalla en la mano; me agarró y á pesar de mi resistencia desesperada, me lavó la cara con la parte mojada repitiendo: «No ensucies las toallas, no ensucies la toalla!

Aquella acción suya me pareció tan ofensiva que me puse á aullar de rabia.

—¡Cómo!—decía entre mí, paseando de un lado á otro de la sala y sofocado á fuerza de llorar.—Natalia me habla de tí y no contenta aún me restriega la cara con la servilleta sucia como si yo fuese un siervo! No, esto es horrible!

Cuando Natalia Savishna me vió tan furioso, se fué á su habitación mientras yo continuaba corriendo por la sala pensando en la manera de vengarme de la injuria que me había inferido aquella imprudente de Natalia.

Al cabo de algunos minutos Natalia Savishna reapareció y se me acercó tímidamente.

—Basta, amo mío, no llore usted más... perdón... he sido una imhécil... perdón, tortolilla mía... Tome usted esto para usted.

Sacó de debajo de su chal una cajita encarnada que me ofreció con mano temblorosa. Contenía dos caramelos y un higo seco.

No tuve valor para mirar á la cara á la buena vieja, tomé la cajita volviéndome de espaldas y con las lágrimas



aún en los ojos y que me corrieron más abundantes aun; pero no eran lágrimas de ira, eran lágrimas de ternura y de vergüenza.

## CAPÍTULO X

### La partida

El día que siguió al de los acontecimientos narrados, á medio día precisamente, la calesa y el coche estaban prontos ante la escalinata de la puerta. Kolia en traje de viaje con los pantalones metidos en sus altas botas y con un viejo gabán apretado al talle por un cinturón, se afanaba por colocar en el coche las capas y los almohadones que mullía cuando le parecían duros y que igualaba con el peso de su cuerpo cuando le parecían altos.

—Por piedad, Kolia, ¿no podría usted acomodar por ahí esta cajita?— dijo el camarero de papá apeándose presuroso de la calesa.

—¡Ocupa tan poco puesto!

—¿Por qué no lo ha dicho usted antes, Miguel Ivanovitch?— respondió Kolia, hablando con viveza y arrojando con impaciencia y con toda su fuerza un pequeño envoltorio al fondo del coche.—Tengo tan aturdida la cabeza y no faltaba más que su cajita para acabarme de trastornar!—añadió quitándose el gorro y enjugándose las gruesas gotas de sudor que bañaban su bronceada frente.

Toda la servidumbre se había reunido alrededor de la escalinata de la puerta principal; los hombres con la cabeza descubierta, en tabardo ó en mangas de camisa y los niños con los piés descalzos, las mujeres con sus faldas de algodón y pañuelos á rayas con los niños de pecho en brazos. Miraban los carruajes y charlaban entre sí. Uno de los postillones (un viejo todo encorvado, cubierto con gorro de pelo y un chaquetón de invierno) había empuñado la lanza de la cabeza y tiraba de ella examinando con gesto inteligente la parte anterior del carruaje. El otro postillón era un buen mozo con una camisa blanca á cuadros rojos bajo los brazos, con un sombrero de fieltro negro que se echaba ora sobre una oreja, ora sobre la otra, al rascarse la cabeza rubia y rizada.

Había dejado la chaqueta sobre el pescante y arrojado las riendas sobre ella, haciendo crujir la fusta y mirando alternativamente sus botas y á los dos hombres que engrasaban el coche. Uno de ellos levantaba con toda su fuerza el coche, mientras por debajo el otro en cuclillas untaba de grasa, con sumo cuidado, el eje y las ruedas.

Los caballos de posta de variado pelaje agitaban la cola para sacudirse las moscas y alguno dormía con una pata hacia delante, mientras los otros para matar el fastidio comían unas hojas de helecho que habían echado á sus piés.

Algunos lebreles, echados en el suelo, tomaban el sol, respirando con fatiga, mientras que otros á la sombra de la calesa y del coche lamían la grasa de las ruedas. En el aire se respiraba una especie de vapor polvoriento y en el cielo de un color gris de lila no aparecía una sola nube. Un fuerte viento oeste levantaba torbellinos de polvo, en la carretera y en los campos doblaba los grandes tilos y los abedules del jardín y arrastraba consigo las hojas caducas.

Me había sentado cerca de la ventana y esperaba con impaciencia el fin de aquellos preparativos.



Cuando nos reunimos todas en el salón en torno de la mesa redonda para pasar, antes de separarnos, algunos minutos juntos, no pensaba siquiera en la tristeza del momento que se acercaba. En mi cabeza se agitaban las ideas más pueriles; por ejemplo me preguntaba:—«¿Cuál de los postillones irá con el papá y quién con Carlos Ivanovitch? ¿Por qué quieren envolverme á toda costa en un chal de lana y en un gabán tan pesado? ¿Creer acaso que soy muy delicado? De seguro que no me helaré... Ya querría que estuviese todo listo... para montar y marchar...

Natalia Savishna entró en el salón con los ojos preñados de lágrimas y enrojecidos de haber llorado antes: llevaba en la mano un papel y preguntó á mamá:

—¿A quién debo entregar, señora, la lista de la ropa blanca de los niños?

—Dásela á Kolia y venid todos á despediros.

La anciana quería decir algo, pero no le fué posible hablar; escondió el rostro en el pañuelo, agitó una mano y salió.

Esta escena me turbó y mi corazón sintió cierta opresión, pero sólo fué cosa de un momento, porque la impaciencia por marchar excluyó todo otro pensamiento y continué escuchando con indiferencia la conversación de mis padres.

Hablaban de cosas que eran evidentemente poco interesantes para el uno y para el otro; lo que era preciso comprar para la casa; lo que había que decir á la princesa Sofia y á la señora Julia; si el camino era bueno..., etc.

Phoca apareció en el dintel y con la misma exactitud y con el mismo tono con que anunciaba: «La comida está servida» anunció: «Los carruajes están preparados.» Noté que mi mamá se sobresaltó y se puso pálida como sorprendida por la noticia.

Le dijeron á Phoca que cerrase las puertas y yo encontré la cosa muy divertida; hubiérase dicho que huíamos de algún ejército enemigo.

Todos nos sentamos. Phoca hizo como los demás; acomodándose en un rincón de la silla. En aquel momento se abrió la puerta y todos volvimos la cabeza; Natalia Savishna entró con gran impetu y fué á sentarse, sin levantar los ojos, en la misma silla de Phoca junto á la puerta. Aún me parece ver la cabeza calva y el rostro arrugado é inmóvil de Phoca, las espaldas encorvadas y la cara bonachona de Natalia, con su cofia, de la cual se escapaban sus cabellos grises. Se apretaban el uno contra el otro para poder mantenerse sobre la misma silla y ambos estaban incómodos en su postura violenta.

Yo continuaba distraído é impaciente y los diez segundos que estuvimos sentados con las puertas cerradas me parecieron una hora. Al fin todos nos levantamos haciendo la señal de la cruz y comenzaron las despedidas. Papá abrazó y besó á mamá muchas veces.

—Vaya, querida mía,—dijo,—no os dejamos por toda una eternidad!

—De todos modos, es muy triste,—respondió mamita toda llorosa.

Cuando oí aquella voz, cuando ví aquellos labios temblorosos y aquellos ojos llenos de lágrimas olvidé todo y experimenté un dolor tan grande, una tristeza tan terrible, que habría preferido huir sin saludarla. En aquel momento comprendí que al abrazar á papá nos había dicho interiormente adiós á todos.

Había besado después tanto á Volodia y hecho sobre él tantas señales de cruz, que creí había llegado mi vez y me acerqué, pero mamá seguía bendiciéndolo y apretándolo entre sus brazos. Pude al fin abrazarla y cogiéndome á ella, lloré, lloré sin pensar más que en mi dolor.

Cuando salimos para montar en el coche, encontramos en el vestíbulo á toda la servidumbre que había venido á darnos el adiós de despedida. Sus, «denos usted su mane-



cita», sus besos sonoros y el olor á sebo de sus cabezas despertaron en mí un sentimiento muy semejante á la irritación y precisamente bajo la influencia de este sentimiento besé con frialdad á Natalia Savishna sobre su cofia, cuando vino á decirme adiós sollozando.

¡Cosa extraña! aún veo á todos los criados y podría hacer sus retratos con los más ínfimos pormenores, pero el rostro y la actitud de mi mamá solo los entreveo de un modo muy vago.

Depende este fenómeno quizá de que durante toda esta escena no tuve ánimo de mirarla ni siquiera una vez. Me parecía que, al verla, su dolor y el mío debían exceder de todo límite.

Fuí el primero en penetrar en la calesa, arrojándome al fondo de ella. Las cortinillas estaban levantadas, pero yo no veía nada, aunque una voz secreta me decía que mamá estaba aún allí cerca.

—¿La miraré otra vez?... ¡será la última!

Asomé la cabeza por la ventanilla que miraba hacia la escalinata, pero en aquel instante mamá, que había tenido la misma idea, había dado vuelta al carruaje y me llamaba por la parte opuesta. Al oír su voz detrás de mí me volví con tal rapidez que nuestras cabezas se chocaron. Ella se sonrió tristemente y me abrazó por última vez, apretándome estrechamente contra su pecho.

Al fin partieron los coches y yo me asomé á verla. El viento agitaba el pañuelo azul que llevaba sobre sus cabellos. Subía muy despacio la escalinata con la cabeza baja y el rostro cubierto con las manos, y Phoca la sostenía.

Papá estaba á mi lado y no decía nada. Yo sollozaba sin descanso y en mi garganta sentía un nudo que me pareció iba á sofocarme. En una vuelta de la carretera divisamos un pañuelo blanco que nos hacía señales desde la galería de casa. Agité el mío al aire, y este movimiento me calmó, pero continué llorando y el pensamiento de que sus

lágrimas atestiguaban mi sensibilidad me consolaba, y al fin me calmé por completo.

Al cabo de una versta de camino, me sentí tranquilo, fijando con verdadera obstinación mis ojos en el objeto más inmediato á mí que era la grupa del caballo de la izquierda.

Galopaba y meneaba la cola; su galope no era regular y el cochero le sacudió un latigazo para que corrigiese su andadura. Después me puse á mirar el camino; los campos ondulantes de cebada madura ya, los oscuros campos de barbecho, y más allá, al lado de un arado, un *mujik* y no muy distante de él una yegua con su potro.

Di una ojeada al pescante para ver quién era nuestro cochero.

Aún no se habían enjugado en mis mejillas las lágrimas de la partida, y ya mis pensamientos estaban muy lejos de una madre de quien quizá me separaba para siempre.

Sin embargo, todos los recuerdos que se agolpaban á mi mente, llevaban todos mis pensamientos hacia ella. Me acordé del hongo que había encontrado el día antes en la alameda de los abedules: Liubotshka y Catalina se habían disputado el derecho de cogerlo; y entonces recordé también que las dos habían llorado al darme el adiós.

¡Qué pena me daban! ¡También Natalia Savishna me daba mucha pena, y la alameda de los abedules, y Phocal

¡Hasta la odiosa Mimi me causaba un poco sentimiento! ¡Todo, todo lo abandonaba con indecible dolor! ¿Y mi pobre mamá? Mis ojos se volvieron á llenar de lágrimas, pero se secaron pronto.



## CAPITULO XI

### La infancia

¡Oh, infanciam hermosa infancia! ¡tiempo feliz que no volverá más! ¡Cómo no amar, cómo no acariciar su recuerdo! ¡Este recuerdo que deleita y ennoblece mi alma y que es para mí el manantial de mis más queridos goces!

Me acuerdo de que, cansado de jugar, iba á sentarme á la mesa á la hora del té, en mi silloncito alto, y cuando después de haber acabado mi taza de leche bien azucarada se me cerraban los ojos llenos de sueño, permanecía quieto y me quedaba escuchando á mamá. ¿Y cómo no escucharla? Hablaba con algunas personas, y el sonido de su voz era tan dulce! ¡Era tan cariñosa! ¡me decía tantas cosas!

La miraba fijamente con los ojos ofuscados por el sueño y en mis pupilas se hacía pequeña, pequeña; su rostro no era mayor que uno de los botones de mi chaqueta, pero la distingo claramente y veo que me mira y me sonríe. ¡Qué bueno es tener una mamá tan pequeñita? Cierro aún más los párpados y va disminuyendo, disminuyendo; ya no es más grande que la imagen de un niño en el fondo de una pupila.

Pero hé aquí que me muevo y el encanto queda roto. Cierro de nuevo los ojos, cambio de posición, hago mil pruebas para reavivar aquella imagen, pero no lo consigo

Me escurro al suelo y voy despacito á acostarme cómodamente en una butaca.

—¿Tienes sueño, Nicolasito mío?—me dice mamá.— Mejor sería que te fueses á la cama.

—No tengo gana de acostarme, mamá.

Al principio, sueños vagos, pero deliciosos, ocupan mi imaginación; después el hermoso sueño de la infancia cierra mis párpados y al cabo de un minuto estoy dormido.

En mi sueño siento pesar sobre mí una mano delicada que reconozco por el tacto tan sólo, y de la cual me apodero sin despertarme, para imprimir mis labios en ella fuertemente.

No hay nadie; una sola bujía arde en la sala y mamá se ha encargado de despertarme. Se inclina sobre la poltrona en que descanso, pasa su delgada mano sobre sus cabellos y aplicando sus labios casi á mi oído, murmura con su bella voz que conozco tan bien:

—Levántate, alma mía; ya es hora de irse á la cama.

Libre de toda mirada indiscreta, no temo acariciarme con toda su ternura y todo su amor. Yo continúo quieto; beso solamente su mano con más fuerza.

—Levántate, ángel mío.

Me introduce una mano en el cuello y me hace cosquillas con sus dedos afilados. La sala silenciosa yace en una semiobscuridad; mi nervios, excitados por las cosquillas, me sacuden; mamá está sentada á mi lado; siento su voz y aspiro su perfume; me levanto de un salto, le echo los brazos al cuello y la estrecho contra mi corazón, murmurando:—Mamá, mamita querida, ¡cuánto te quiero!

Ella se sonríe con su dulce y triste sonrisa, me coge la cabeza entre las manos, me besa la frente y me sienta sobre sus rodillas.

—¿Me quieres mucho, mucho?—Calla por un momento y continúa después:—Bueno, quíereme siempre y no me olvides nunca. ¿No olvidarás á tu mamita cuando ya no este á tu lado? ¿Dime, Nicolasito mío?



Me besa más tiernamente todavía y yo le grito: — ¡Oh! no digas eso, ¡mamá querida, alma mía!

Beso sus mejillas y de mis ojos brota un torrente de lágrimas en un delirio de amor.

Cuando después de una escena semejante, voy á acostarme y me arrodillo ante una sagrada imagen, envuelto en mi batita forrada, ¡qué extraño sentimiento noto al decir:—«Dios mío, vela por mi papá y por mi mamá!» Mientras rezo las oraciones que mis labios infantiles han aprendido de los de mi mamá, mi amor por ella y mi amor por Dios se funden en un solo sentimiento.

Después de las oraciones me envuelvo en mis mantas con el alma en paz y el corazón ligero. Muchas imágenes se confunden en mi cabeza: ¿qué representan? Son indescriptibles, pero llenas de amor y de luminosas esperanzas de felicidad. Pienso en Carlos Ivanovitch y en su triste suerte. Es el único hombre infeliz que conozco y me inspira una gran lástima: me siento embargado por él de tal ternura, que las lágrimas me saltan de los ojos y repito entre mí:—«¡Que Dios le conceda la felicidad! ¡Que me conceda á mí el poder asistirle aliviando su dolor! Me encuentro dispuesto á sacrificarlo todo por él.»

Pienso después en mi juguete predilecto, una pequeña liebre y un perrito de porcelana que pongo bajo la cabecera de mi cama y me siento contento de que esté allí debajo bien calentito.

Murmuro una corta oración en que pido á Dios que todos estén contentos y sean felices y que al día siguiente haga buen tiempo para poder dar un paseo: me vuelvo después sobre el otro costado y mis ideas se confunden, quedándome dormido dulce y tranquilamente con la cara bañada aún en lágrimas.

¿Cuándo encontrarás de nuevo la frescura, la confianza, la necesidad de afecto y la fe profunda de tu infancia? ¿Qué tiempo mejor que aquel en que la inocente alegría

y la insaciable sed de amor, las dos primeras entre todas las virtudes, eran las fuentes de tu vida?

¿Dónde están aquellas plegarias ardientes, dónde aquellas preciosas lágrimas de ternura? Corría hacia ti el ángel del consuelo, enjugaba con una sonrisa tus lágrimas é infundía dulces sueños en tu inocente imaginación.

La vida ha pisoteado tan duramente mi corazón, que no debo conocer ya aquellas lágrimas y aquellas emociones; sólo me quedan mis recuerdos.

## CAPITULO XII

### Mis versos

Al cabo de un mes poco más ó menos de nuestra llegada á Moscou, me encontraba sentado á una gran mesa en el segundo piso de la casa de la abuela y escribía. Frente á mí, el maestro de dibujo acababa de corregir al difumino una cabeza de turco con un gran turbante; Volodia, en pie detrás del maestro, estiraba la cabeza por encima de su hombro y miraba. Era el primer dibujo que hacía Volodia al difumino y tenía que dedicarlo á la abuela en el día de su santo, que era precisamente aquel día.

—¿No pone V. todavía un poco más de sombra ahí?— preguntó Volodia poniéndose de puntillas é indicando el cuello del turco.

—No, no es necesario—respondió el maestro encerrando